EL ESPAÑOL COLOQUIAL EN EL HABLA DE MADRID DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

D. Rafael del Moral
Liceo Francés, Madrid

Queridos y admirados colegas profesores de español de Europa y del mundo, queridos colegas profesores de español de los países del Este que por segunda vez asistís a estos congresos de la A.E.P.E.. Me permito abordar en esta cita anual que con tanto placer hemos vivido en los últimos años un asunto frecuentemente marginado en los libros, el del español de la calle, el de las charlas, el español-español. Los manuales que usamos, a pesar de los grandes logros, se detienen sobre todo en el estudio de la transmisión escrita de la lengua y mucho menos en la oral. Por eso pretendo huir de lo escrito y acercarme a la descripción del paisaje, del marco y de los procedimientos mediante los cuales el español se agita, modifica, altera, ingenia, concibe, ironiza, rompe y deja ver su plena vitalidad, y también acercarme, en su caso, y describir los principios mediante los cuales se crean y recrean las expresiones de una lengua que se muestra viva, tan elegante como despiadada según se exija, alegre y solemne, y tan pletórica e ingeniosa para la expresión festiva como seria y precisa en la grave. Coincido con Beinhauer al considerar que el lenguaje coloquial es "*el habla tal como brota natural y espontánea en la conversación diaria, a diferencia de las manifestaciones lingüísticas conscientemente formuladas, y por tanto más cerebrales...* Y añade después: "*Al tratar del lenguaje coloquial nos referimos únicamente a la lengua viva conversacional*".[1]

La posición social y el nivel cultural condiciona el uso coloquial de nuestra lengua, pero cada vez más los españoles, una vez generalizado el acceso a la cultura por la vía de la igualdad, hablan con dos registros, uno descuidado y corriente, aunque vivo, que se usa entre amigos, y otro más cuidado reservado para situaciones formales. No existen fronteras entre los grupos que permitan marcar las diferencias.

Pero también con palabras de Behinhauer[2] diremos que "*al observar el modo de hablar de una persona con otra, podemos apreciar dos actitudes fundamentales: o su manera de expresarse se caracteriza por el predominio del yo, o bien está determinada por la consideración hacia el interlocutor.*" Y sigue diciendo: "*Esa deferencia hacia el interlocutor es, en el más amplio sentido de la palabra, lo que entendemos por cortesía. Tal deferencia puede ser auténtica, es decir, brotar efectivamente de impulsos altruistas, pero también puede –y esto es lo que ocurre con mayor frecuencia de lo que a simple vista parece- perseguir el propio interés del hablante y, sólo en apariencia, el del interlocutor.*" Por eso las conversaciones dejan ver las huellas del protagonismo de los hablantes.

La cortesía, aunque a veces llena de insinceridad, suaviza las situaciones tensas mediante un delicado uso de la diplomacia. Todas las lenguas dan mucha importancia a mostrarse amable o cortés, y algunas son especialmente ricas en pronombres de

---

[1] Beinhauer, W., *El español coloquial*, Madrid, 1968, pág. 9

[2] Obra citada, pág. 133.

ACTAS XXXVI (AEPE). Rafael DEL MORAL. EL ESPAÑOL COLOQUIAL EN EL HABLA DE MADRID...
Centro Virtual Cervantes

tratamiento como el japonés (que tiene seis) o incluso en palabras que se usan en uno u otro contexto como el javanés (que dispone de dos series de números según se dirija o no el interlocutor a una persona de respeto). Los medios de que nos servimos para mostrar amabilidad, para esquivar asperezas, son muy variados, y frecuentemente están inspirados en la entonación, pero también en muchos más procedimientos como la elección de las palabras.

TU Y USTED

En las últimas décadas ha vivido el español un espectacular avance del uso de *tu* también como tratamiento de respeto, y un progresivo arrinconamiento de las formas de *usted*. Al mismo tiempo la fórmula de respeto *don* (del latín *dominus*) que empezó a usase en la época del emperador Carlos V, ha enfermado gravemente y vive ahora el momento más bajo de su historia, y si nada lo remedia es posible que desaparezca del uso oral en las próximas generaciones. Hoy en Madrid se recuerda con *don* a personajes del pasado (mi maestro, *don Antonio, el notario don José*) y también se usa en las publicaciones oficiales (*El señor ministro, don José González Rodríguez*) y en algunos documentos escritos como los encabezamientos de las cartas y en los sobres. Pero cada vez es menos frecuente en Madrid dirigirse a un superior llamándolo *don Manuel* o *don Gonzalo*.

Ambos procesos, las horas bajas del *usted* y del *don*, ya se habían iniciado antes de la instauración de la democracia a finales de los años setenta y se han generalizado después un poco confundidos con los progresos en el acercamiento de las clases sociales.

Las formas de *usted* ya prácticamente han dejado de utilizarse de hijos a padres, y de sobrinos a tíos, y en cualquier otra situación de parentesco. Tampoco entre personas de igual edad ni siquiera cuando acaban de conocerse, y solo en ocasiones entre personas de distinta edad, pero igual condición, durante el cruce de las primeras frases al conocerse, y luego se pasa al *tú*.

También ha desaparecido el *usted* en los centros de enseñanza primaria (entre 6 y 12 años) que fue donde empezó a perderse; en los centros de enseñanza secundaria (13-17 años) salvo algunos nostálgicos de colegios privados, y ahora está desapareciendo en la enseñanza universitaria. Podemos decir que hoy en España la relación profesor-alumno más frecuente es el *tu*, aunque no la única. Que las formas que usan *tu* ganan terreno es algo evidente.

A principios de los años 80 en los Institutos de Enseñanza Secundaria de Madrid empezaba a ser más frecuente el uso de *tú* para dirigirse a los profesores que el de *usted*. Cuando a principios del curso 1981-82 llegó un profesor entrado ya en los cincuenta procedente del sur de España, donde el *usted* estaba mucho más generalizado, y se mostró reacio a aceptar el cambio y hablaba de *usted* a los alumnos, y uno de ellos le dijo:

Jesús (y no don Jesús como él esperaba*), no te molestes, háblanos de tú, en confianza, que aquí no nos hablamos de usted.*

Y como él no tenía costumbre de hacerlo se produjo una situación invertida: los alumnos le hablaban al profesor de *tu* y él a los alumnos de *usted*, hasta que se vio obligado a ceder para unificar los usos.

Si aquello sucedía ya en los ochenta, ahora tenemos una muestra reciente del uso:

ACT/
Centro Virtual Cervantes

En febrero de este año apareció en televisión el Presidente del gobierno español, José María Aznar, en una entrevista. Y el periodista, escudado en una tendencia lenta pero firme, eligió como fórmula de respeto el *tu*, y no el *usted* como parecía corresponderle.

¿Cuándo se usa ahora en España el usted? Aunque no es fácil simplificar porque los usos están muy condicionados y diversificados, parece que solo son dos los habituales:

1. Como breve paso hacia el *tu* en la primera relación de dos personas que están algo distantes. Los jóvenes hablan de *usted* cuando acaban de conocer a los mayores, y los mayores a ellos de *tu*, pero en cuanto se intercambian unas palabras amigas, pasarán para siempre a la forma *tu*.

El personal técnico del mantenimiento de las viviendas (albañiles, fontaneros, electricistas, técnicos de electrodomésticos...), empezaran generalmente usando la forma *usted*, y se le contestará con el mismo tratamiento, y algunos continuarán utilizándola así para siempre. Pero si la reparación es un poco larga y tienen que intercambiar algunas frases, no dudarán, muchas veces y según las situaciones, en suavizar la charla con el *tu*.

2. El segundo uso aparece siempre que una persona superior en categoría social (un hombre o mujer adinerada, alguien encumbrado por la fama, un nuevo rico...), y sobre todo superior en categoría sociolaboral (el alto ejecutivo de una empresa, el rector de una universidad...) quiere señalar su superioridad al inferior, marcar sus distancias, dejar ver a sus subordinados que él está en una posición distinta, se dirigirá al inferior con el *usted* y mantendrá permanentemente el *usted* para obligar al interlocutor a mantener también la forma distante del *usted*.

TEMOR AL SILENCIO

Mucha gente, y esto es muy propio del pueblo español, que se considera especialmente amable, rechaza dar una contestación negativa aún cuando lo exige el propio interés de quien pregunta. Se prefiere, a veces, dar un informe relativamente cierto a no dar ninguno. Para muchos españoles no informar equivale a negarse a prestar un servicio. Este deseo sincero de servir a los demás suele ser tan vivo que a veces los españoles a la pregunta: - *¿Dónde está la calle Padilla?* responden: - *Mire, no lo sé porque no soy de aquí, pero pregunte en ese bar, que ahí lo tienen que saber.*

Hace solo dos semanas pregunté a un señor y su señora en una calle de Segovia por la Plaza del Doctor Gila, lugar donde tenía aparcado el coche y no era capaz de encontrar. El señor, que tenía sus dudas, me indicó una dirección, pero apenas había empezado yo a andar me avisó para que me esperara y él mismo se lo preguntó a otro señor que pasaba por allí que se lo indicó con mayor precisión, y solo entonces vino de nuevo hacia mí para indicármelo de manera clara. Más dificultad parece encontrarse si esta situación se produce en Madrid.

En esa misma línea el español es una de las lenguas que ante al cumplido q*ué bien hablas inglés*, o q*ué guapa eres* se contesta con *muchas gracias*, y el receptor da así por hecho que es cierto el elogio sin preguntarse si es o no una exageración.

Centro Virtual Cervantes

LA EXPRESIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

Las pasiones más elementales como el odio, el amor, la simpatía y la antipatía, la veneración y el desprecio, la adhesión y recusación, son las que se manifiestan en el lenguaje coloquial de modo particularmente expresivo.

El hablante puede interesarse por influir de modo persuasivo sobre el interlocutor, procurando interesarlo, motivarlo, sugestionarlo por un determinado asunto, o bien mostrar su rechazo, su desprecio, incluso mediante la ofensa.

A nadie que conozca, siquiera superficialmente, el carácter subjetivo y apasionado del español le podrá sorprender el hecho de que los medios para la expresión afectiva de su lenguaje sean particularmente ricos y variados.

El español supera a todos los pueblos en este aspecto, incluso a los meridionales. Se añade a ello una extraordinaria fuerza imaginativa y creativa, unida a una capacidad para la improvisación igualmente única, y comprenderemos que el estudio de su lenguaje afectivo, con sus innumerables comparaciones, interjecciones, hipérboles, imágenes... haya de quedar forzosamente incompleto.

Con la intención de hablar de uno mismo dispone la lengua oral de una serie de expresiones que sirven para definir los sentimientos espontáneos, las preferencias, la satisfacción, la opinión, la sorpresa, el asombro, la indiferencia y el rechazo, la aceptación y la variedad de insultos así como el castigo que se le infringe al adversario o el rechazo del hablante hacia un inesperado contratiempo. Pero lo que prefieren muchos hablantes son las palabras cargadas de fuerte efecto, aquellas que más pueden sorprender los oídos del interlocutor.

Las preferencias se indican con: *estoy loco por, me chifla, soy un fanático de...* O con las más populares: *gustar un montón, gustar la leche, gustar la mar, gustar la tira, gustar un rato o molar cantidad..: He estado de vacaciones con mis primos, hemos jugado al escondite... mola cantidad*

La satisfacción elige fórmulas musicales como *chachipiruli o superway... : He estado en el cumpleaños de Javier, me lo he pasado chachipiruli, y le han hecho unos regalos superway...* El lenguaje infantil admira la eufonía, se refugia en la imaginación y se muestra ampliamente expresivo, una prueba más del buen gusto que tienen los hablantes por su lengua.

La sorpresa se expresa mediante: *cómo es posible, qué dices, santo cielo, válgame,* y de la persona sorprendida se dice que *se queda helado, que se queda petrificado* o *que se queda de piedra...: Le anunciaron que ya no habia solución. Se quedó helado.*

El asombro se puede expresar con: *caramba, cáspitas, mi madre, ostras, qué horror, qué barbaridad...* Pero eso solo es una posibilidad y no la más frecuente. Para expresar el asombro el español elige fórmulas relacionadas con sinónimos desprestigiados de los órganos o actos sexuales regulares o no, gana terreno, y llega a ambientes donde antes eran insospechados. Recuérdese la expresión que con micrófono abierto, aunque él lo creía cerrado, toda España pudo oír en boca del presidente del Congreso de los Diputados que asombrado por el resultado de una votación expresó: "*manda huevos*", y solo por proceder de tan prestigiosa institución me atrevo a reproducir. Eximo a quienes me oyen de recordarles otras tan acomodadas en nuestros hábitos que están la memoria de todos...

El rechazo se expresa con *no me importa, me trae al fresco o me trae sin cuidado,* pero cuando se trata de rechazar a una persona, el lenguaje de la calle utiliza: *vete a*

Centro Virtual Cervantes

paseo, vete a tomar el aire, vete a tomar viento o vete a hacer puñetas y otras expresiones más marcadas como *nos ha fastidiao,* y, por utilizar alguna expresión ingeniosa, *nos ha jodido mayo con sus flores o toma del frasco Carrasco* y evito avanzar hacia otras de mayor contundencia y no de menor frecuencia que están en la mente de todos.

La riqueza de **insultos** del español es enorme, mas de un centenar registrados en el DRAE.

Unos se refieren a la **falta de inteligencia:** *ceporro, chalao, majadero, panoli...,* y entre los apoyo con comparación ingeniosa: *ser más infeliz que un sello de correos, ser tonto de narices o ser un soplamocos y* entre las variantes desprestigiadas *ser un soplapollas o tener diarrea mental...*

Son **insultos a la educación:** *asqueroso, caradura, sinvergüenza...*

Son **insultos a la bondad**: *víbora, miserable...*

Son **insultos a la valentía**: *calzonazos, hiena, gallina, mandilón,* y los menos prestigiados: *cagón* y *culeras*

Las muestras de una mayor **agresión hacia una persona molesta** se indican con: *ponerse como un tigre, cabrearse, picarse,...* y las ofensas con: *que le parta un rayo, romperle a uno la cara, sacarle las tripas, hacer astillas...*

Cabresarse, que es un verbo relativamente frecuente en español, pues somos de carácter pesimista y muy propensos al enfado. Procede de *cabra,* y se refiere a la situación alocada que a veces adopta este animal: *Se ha cabreado. No merece la pena que sigas hablando con él.* Con esta misma raíz el español mantiene un gran número de expresiones:

Estar como una cabra (para decir que alguien está loco)

Tener un cabreo de mil demonios (para señalar que está muy enfadado)

Es un cabrito (con marcado sentido insultante)

Y la expresión desprestigiada *ser un cabrón,* que tiene amplio y manifiesto matiz de ofensa.

Son numerosas las expresiones dedicadas a **indicar el castigo que se le infringe al adversario**: *endiñar, propinar, encajar, largar, asestar, fastidiar, torear* y las expresiones: *ponerle a uno banderillas, quemarle a uno la sangre, darle leches hasta en el carnet de identidad, poner la cara del revés, poner la cara mirando a Toledo.* Y las frases: *como te pegue un tortazo te saco de los zapatos, como te dé un bofetón vas a hacer noche en el aire, como te dé un bofetón mañana amaneces dando vueltas.*

Algunas expresiones que indican el **rechazo del hablante hacia un inesperado contratiempo,** su contrariedad, que puede expresarse mediante: *contra, cáspita, córcholis, caracoles, caray, cielos, demonio, maldita sea, rayos y truenos, recórcholis, miércoles, qué mala pata* y la fórmula *m'cag' en diez....* Pero esto no es lo más frecuente. Lo que prefiere la gente son las palabras cargadas de más sentido, de fuerte efecto para sorprender la sensibilidad del interlocutor.

En esta línea es interesante centrarse en la palabra española más cargada de efecto. Algunas teorías afirman que la palabra a que me refiero, y que aún no he querido pronunciar, procede del verbo latino *fodiare* a través de su forma vulgar *foldere,* que significa *cavar.* La pérdida de la *f-* inicial latina en todas las palabras castellanas llevaría a *holder* y luego conservando la aspiración llegaríamos a la palabra *joder.* La acción de

Centro Virtual Cervantes

cavar, cavar la tierra, se traslada metafóricamente a la relación física de la pareja humana, y después se tiñe de todo tipo de significados:

no me jodas, (en el sentido de no me fastidies)
se ha jodido la función, (en el sentido de se ha anulado o ha salido mal)
ese tío quiere joderte la plaza (ese tío, ese hombre, quiere quitarte la plaza, o el trabajo)
estoy jodido, (estoy fastidiado)
está jodido el pobre, (en el sentido de está enfermo)
se jodió todo (se fastidió todo)
un pasaje jodido (un pasaje difícil)
no te jode (ya ves que fastidiado es esto)
se jodió la marrana (se ha fastidiado todo)

Y otras veces toma un valor de adjetivo:
no vino ni una jodida vez (no vino ni una vez),
no tiene ni una jodida peseta..

En otros dominios del español, como por ejemplo en Argentina, el verbo se utiliza sin el valor desprestigiado y sin el menor recelo: *se ha jodido el televisor* significa sencillamente que se ha estropeado.

ACUERDO Y DESACUERDO

Mostrar el acuerdo o el desacuerdo es una constante actitud de los interlocutores en la conversación. Pero solo en contados casos se contenta el español coloquial con las partículas *sí* y *no* a secas, y este tipo de expresión no es ajena a las modas. En los últimos años y en amplios sectores de jóvenes el sí y el no parecen haberse concentrado en las fórmulas ***vale*** y ***para nada.*** La primera substituye al *sí* y la segunda al *no.*

- Te espero a las ocho en la esquina de la calle Serrano con Goya.
- Vale.

Y a la pregunta: *¿Es verdad que te ha tocado la lotería?* Mucha gente contestaría:
- Para nada.

Aunque *vale* y *para nada* son fórmulas muy generalizadas, son muchos los hablantes que aún con la pretensión de rechazarlas sistemáticamente, acaban antes o después por utilizarlas en determinados contextos.

También resultan especialmente nuestras las afirmaciones: *ya lo creo, no faltaría más y desde luego:*

- ¿Camarero, me puede poner una cerveza y un poquito de queso?
- No faltaría más.

Para **expresar la negación** la lengua se muestra mucho más viva, y por tanto rica y variad y solo en situaciones muy formales aparece el *no* a secas, generalmente envuelto en una expresión convencional como:

- Tranquilo, que esto lo pago yo.
- No, de ninguna manera, te lo devolveré.

Centro Virtual Cervantes

En el lenguaje conversacional medio las siguientes expresiones significan no: *que va, eso sí que no, nada de eso, qué dices, quita hombre:*

- ¿Te vas a presentar a las elecciones para director del centro?
- Quita hombre, eso a mí no me interesa.

- ¿Te parecería bien que el chino fuera asignatura obligatoria en los colegios de Madrid?
- Qué dices, nada de eso.

Una respuesta **más allá del no** se da cuando la expresión recrea un motivo inspirado en la imaginación popular por el que se niega la pregunta de manera exagerada y contundente: *ni de milagro, ni que lo sueñes, ni pensarlo, ni por asomo, ni por lo más remoto*

- ¿Crees que ese alumno tan insoportable aprobará a el curso?
- Ni de milagro (o ni pensarlo)

La creación espontánea de los hablantes va más allá con expresiones que no dicen nada, y por su puro absurdo sirven de negación como: *naranjas de la china, un cuerno, un rábano, una leche, unas narices*

- ¿Quieres trabajar horas extras sin recibir sueldo alguno a cambio?
- Naranjas de la china.

- ¿Me prestas mil pesetas y ya te las devolveré?
- Una leche.

Precisamente la negación, por su significado de contrariedad, se presta más que la afirmación al uso de las **variantes desprestigiadas**. La riqueza expresiva del español para decir *no* es grande, casi siempre con base en la raíz latina *cunnu(m)*: *ni de coña, qué coño* o de su contrario sexual masculino: *por los cojones, qué cojones, qué pollas* y otras del tipo: *qué hostias, una mierda*...todas ellas fuera de toda norma estética, y si ya en boca de un español desprestigia a la persona que la habla, se muestra mucho más desagradable, por inesperada, en boca de un extranjero. Y si me he atrevido a citar aquí solo lo he hecho a favor de una clara explicación de un cambio en nuestros usos cotidianos de la lengua cada vez más extendido.

LA COMPARACIÓN INGENIOSA

Uno de los medios expresivos más bellos para realzar lingüísticamente la característica atribuida a un ser es compararlo con un objeto o con una persona de rasgos definidos que la fantasía del hablante considera como exponente de la aludida cualidad, procedimiento altamente usado también por los escritores, sí, pero que muestra el alto exponente del ingenio popular.

Nos referiremos a las expresiones que comparan una determinada situación con un elemento que la realza, que la simboliza, con lo que la situación aludida cobra enorme significado. Así para señalar el dolor de cabeza, se subraya éste comparándolo con un *bombo*, y aludiendo a su constante, molesto y monótono sonido. Podemos decir que *tenemos la cabeza hecha un bombo.*

Centro Virtual Cervantes

Este mismo procedimiento se apunta en *el sombrero quedó hecho un acordeón* y en *estar hecho polvo,* compara el cansancio con la desintegración de los elementos que lo componen.

Para señalar el **mal sabor** puede usarse: *saber a rayos y centellas, saber a cuerno quemado...*

Para señalar la **delgadez** de una persona, decimos: m*ás delgado que un silbido, más delgado que un fideo, más delgado que un palillo ,más delgado que una espátula, más delgado que la radiografía de un silbido* o las expresiones: *tener que pasar dos veces para hacer sombra o ponerse de perfil y parecer que se ha ido,* aunque estas últimas no pertenecen, ni mucho menos, al lenguaje de todos los días. Hace podo oí decir en una reunión con ánimo de provocar risas: *era tan delgada tan delgada que no le cabía la menor duda...*

A la comparación **más feo que** corresponde: *más feo que dar un susto al miedo, más feo que morderse las uñas, más feo que pegar a un padre, más feo que un coche fúnebre, más feo que un dolor a media noche, más feo que una noche de truenos, o más feo que un pulpo en un ascensor.* Y también las expresivas: *Estar hecho de recortes de maternidad, llegar el último al reparto de caras...*

A **más negro que** le corresponde *el alma de Judas, el betún, el carbón, la olla de un guardia, un grajo, un tizón...*o la expresión ingeniosa: *tienes el porvenir más negro que el sobaco de un grillo*

A **más tonto que** le corresponde *más tonto que parido por teléfono, más tonto y no nace, más tonto que mandado a hacer de encargo, o más tonto que hecho a propósito...*

Y hay otras que he oído recientemente como *ser más retorcido que la biografía de Anthony Perkins*; *ser más pesado que un disco doble de los Iron Maiden*; *traer más cola que el cometa Haley vestido de novia*; *estar más salido que el pico de una mesa,* etc. Y otras más tradicionales como *ser más chulo que un ocho, corta Blas que no me vas, corta el rollo repollo, corta y rema que vienen los vikingos*; *echa el freno, Magdaleno*; *a otra cosa, mariposa...*

LA PONDERACIÓN Y LA EXAGERACIÓN

La ponderación y la exageración se usa para encarecer las cualidades fundamentales bueno y malo, y suelen partir de los afectos primarios de simpatía y antipatía. Un gran número de adjetivos se han cargado tanto de afectividad que en ellos ya está contenida la idea del máximo superlativo.

Una cosa **grandiosa, excelente**, es en el lenguaje de muchos jóvenes, *alucinante*, también en expresiones como y*o alucinaba, tío* o en expresiones: *alucina, vecina...* Pero también en boca de muchos jóvenes está de moda llamarla s*uperbuena, superguapa,* o sencillamente *que mola.* Más tradicional para indicar una cosa grandiosa es llamarla *divina, estupenda, magnífica, fantástica, sensacional, fenomenal*, pero también: *chachi, dabuti, enrollada, super, extra , hiper... Ay, tía, el chico aquel que me presentaste está superbien.* Más tradicionales son las expresiones *de padre y muy señor mío, de antología, de aquí te espero, de miedo, de quitar el hipo, de chicha y nabo, de espanto, de lo que no hay* y la más moderna *ser algo una pasada.....* Pero nada de eso parece tener más influencia en mucha gente que no dudaría en utilizar variantes desprestigiadas como *acojonante, de puta madre, de tres pares de cojones, la releche...* y una larga lista.

Centro Virtual Cervantes

Una **persona de escasos conocimientos:** *no sabe ni pío, no sabe ni jota, no tiene dos dedos de frente,* y el ingenio popular le atribuye a veces comparaciones como: *es más basto que un batido de chorizo o es más hortera que un ataúd con pegatinas.*

A otros defectos humanos corresponde: *ser más pesado que un collar de melones, ser más bruto que un arado o ser más basto que un bocadillo de chapas... o de chinchetas...*

LA REPETICIÓN

La repetición en el lenguaje coloquial responde a la necesidad de ocupar el vacío, pero también de asegurar la conversación, el contacto, de ponderar la idea. Dos españoles juntos tienen miedo al silencio. En ciudades como Madrid cada vez se acepta más ese silencio: en una sala de espera, en un ascensor, en el autobús... En provincias, sin embargo, y en particular en el sur, dos españoles tienen miedo a estar cerca y sin hablarse. La necesidad de decir algo nos inspira continuamente, y dos asuntos se presentan como prácticos : señalar si hace frío o calor, o si ha hecho o va a hacer, o bien repetir las mismas ideas, las mismas frases, a veces añadiendo algo nuevo o modificando algo anterior. El español está continuamente repitiendo las cosas.

Una señora se quejaba de que su marido se hubiera negado a llevarla al cine, y dos días después se lo reprochaba, y él se excusaba muy serio diciéndole: *Sí, es verdad que le dije que no, pero solo me lo habías pedido una vez.* Tal vez si se lo hubiera repetido, le habría hecho caso y habrían ido al cine.

El español da mucha importancia a la repetición. Una misma idea, si es la trascendental, mejor repetirla dos veces:

- *Quedamos a las nueve y cuarto.*
- *Sí, quedamos a las nueve y cuarto.*
- *Vale, pues ya sabes, si no volvemos a hablar, a las nueve y cuarto en donde hemos dicho.*
- *Ya, ¿y dónde hemos dicho?*
- *Hemos dicho donde siempre.*
- *Pues vale, a las nueve y cuarto donde siempre.*

En un mercado un hombre trata de vender unos cerdos y dice: *Gordos, gordos, que digamos gordos, no son gordos, pero son gordos.* En la ciudad de Jaén un hombre se baja del tren y empieza a sudar, y comenta: *Calor, calor, no hace, pero hace calor.* Y otros ejemplos son: *No me han ayudado nada, nada, lo que se dice nada.; el niño se ha comido hoy todo, todo y no ha dejado nada de nada; camarero, un café, pero que sea café, café; toda la mañana dale que te dale con el pito...*

EVOLUCIÓN Y CAMBIO

En español coloquial es tan grande la voluntad de producir a cada paso nuevos efectos que constantemente han de renovarse muchos de sus esquemas sintácticos y estilísticos. Esa continua mudanza supone la eliminación progresiva de elementos viejos o desgastados por el frecuente uso y que han perdido ya su eficacia. La lengua oral busca la innovación, el término original y cambiante que se distancia de situaciones anteriores.

Los cambios en las costumbres, las innovaciones técnicas, las nuevas realidades, modifican constantemente las lenguas. El español de los últimos ha añadido a su

Centro Virtual Cervantes

patrimonio léxico miles de palabras, y cada vez más se impone la especialización. En los campos semánticos de las nuevas tecnologías el español medio se encuentra limitado en su vocabulario por la dificultad de hacer frente al amplio caudal de nuevas realidades y sus maneras de concebirlas.

Vamos a visitar algunas de las tendencias del español contemporáneo

ESTAR AL DÍA

Hace unos años era frecuente utilizar la expresión *estar al día* para indicar que alguien tiene en cuenta los cambios en las modas (vestido, música, comportamiento...)

Para expresar la renovación de un individuo que se adapta a los gustos sociales puede utilizarse: *Estar en el ajo, estar conectado,* y para mostrar que se está atento con respecto a algo, o que se va a estar atento, se usa, en lenguaje popular, *o estar al loro*...o incluso *ponerse las pilas.*

No, tu no te metas en esto que no estás en el ajo

No sé por qué se lo preguntas a él, no está al loro.

La expresión *al loro*, según parece, procede del nombre metafórico que los presos dan a uno de sus pasatiempos más anhelados, oír la radio, llamada *loro* en medios carcelarios. *Estar al loro* es estar entretenido oyendo la radio, y por extensión cualquier actitud que signifique estar atento a algo.

Pero estas expresiones por muy ingeniosas que sean, con un uso repetido dejan de serlo. Y pronto *estar al loro* dejará de estar de moda.

Más interesante parece la expresión *ponerse las pilas* con el significado de activar la voluntad de quien se ha quedado retrasado en algo para recuperarla:

Bueno, ponte las pilas y reflexiona para ver lo que hacemos con el problema del coche.

No tenía ganas de nada, pero me puse las pilas y limpié toda la cocina.

Hace días que no respondo a la correspondencia, a ver si me pongo las pilas y me recupero.

PAREJAS

La diversidad de compromisos en la relación hombre / mujer impuesta por los cambios políticos de las últimas décadas ha revolucionado el léxico de este tipo.

Hacia los años 70 se hablaba de:

Novios, para los jóvenes que iniciaban sus relaciones.

Prometidos, cuando formalizaban su relación para casarse. La voz ya se consideraba algo pedante.

Matrimonio era el resultado de la unión religiosa (única vía por entonces).

Y los casados eran *marido* y *mujer*.

Ahora el campo léxico es muy diverso. En el año 2000 y por primera vez desde la más remota antigüedad, se registraron el España más divorcios que bodas. La lengua ha tenido que evolucionar para las nuevas relaciones.

Centro Virtual Cervantes

La palabra *novio* empieza a teñirse de vetustez, de vejez, de refinamiento pedante o sencillamente de rechazo. Se oye poco. La gente ya no se atreve a llamar *novio* a quien no es sino el acompañante accidental...

La palabra *prometidos* se ha inflado tanto de pedantismo que no se utiliza.

Los términos *marido-mujer* empiezan a ser poco habituales entre los jóvenes. Entre los adultos se prefiere, o al menos suena menos pedante *marido - mujer* que *esposo - esposa.*

El respeto a la intimidad, y a la elección y secreto del tipo de unión que se elige, que puede ser civil, religiosa, o ninguna de las oficializadas, ha extendido el uso de *compañero* o *compañera* en expresiones como: *El jefe de la banda terrorista ha sido detenido junto con su compañera.*

Pero junto a esta forma convive la palabra *pareja* no solo para indicar a dos personas, sino también a una de ellas: *He hecho un viaje a Marruecos con mi pareja.* Pero mucha gente diría: *He hecho un viaje a Marruecos con mi amigo / amiga... A*unque la frase se preste a confusiones y aunque el interlocutor sepa que su amigo o amiga es quien vive con él o con ella como si lo hiciera con todas las atribuciones y obligaciones de un marido. Parece más frecuente oír: *De acuerdo, acudiré a la cena, pero voy a ir con mi pareja.* Otras veces se sustituye sencillamente por el nombre de la persona: *Me dijo Juan* (por me dijo mi marido) *que le gusta el vestido que me he comprado.* El uso presenta una gran confusión y dificulta la esencialmente fácil comunicación de estos asuntos.

La persona con quien uno antes ha estado casado se convierte en *exmujer* o *exmarido*, y esta vez de manera inequívoca porque pocas veces los hablantes se atreven a llamar *mujer* o *marido* a quienes ocupan el segundo o sucesivos lugares.

Pero este campo semántico está en continua ebullición. Hay quienes tal vez acertadamente han decidido llamarse *mujer* y *marido* aún sin pasar por las exigencias legales.

LA SORPRESA

La expresión *qué fuerte* es la última en expresión de la sorpresa. *Qué fuerte* se utiliza en una amplia gama de situaciones:

- ¿Sabes, Lorena, que la nave espacial Mir puede caer en cualquier lugar del mundo?

- ¡Qué fuerte!

- Ya, tía, pero no te preocupes, que los rusos están al loro y han previsto la caída, y hasta han contratado un seguro.

La propietaria de una cafetería le hablaba a unos clientes hablando de su perro:

- Fíjate, aquí donde lo ves sabe utilizar el ordenador: esta tarde lo he visto tocando suavemente las teclas... Y añadió con énfasis en la sílaba –ur-: *¡qué fuerte!*

La sorpresa agradable se expresa, aunque solo en boca de los jóvenes, con el verbo *flipar*, o la expresión *qué guay*: *Tío, has visto cómo flipa este juego,* le dice un chico a su amigo.

Flipar es un neologismo basado en el sonido onomatopéyico *flip-flip*, que tanto agrada al oído.

Centro Virtual Cervantes

LA FABRICACIÓN DE PALABRAS

Las palabras y expresiones del español se crean de manera viva en una fábrica invisible propiedad de todos los hablantes, pero sin que los hablantes puedan intervenir en ello. No es fácil describir la maquinaria, pero es bueno señalar que a la fabricación patrimonial se han añadido dos potentes máquinas de hacer palabras en las últimas décadas: el enorme pero intangible aparato que fabrica siglas, y la máquina expendedora de licencias para la aceptación de anglicismos. Ambas funcionan con gran capacidad y elaboran y elaboran palabras que nacen y mueren con las realidades que acompañan y algunas de ellas permanecen.

LA PREFIJACIÓN

Algunos prefijos que ya existían en nuestra lengua se han manifestado como especialmente útiles en los años recientes:

El prefijo *multi-* se ha mostrado muy eficaz para la denominación de realidades que han ampliado los usos de las ya existentes: *multicentro*, *multidisciplinario*, *multifamiliar*....

Con *pluri-*: se crea *pluripartidismo*, *pluriempleado*...

Con el prefijo *mini-*: se forma *minicrisis*, *miniserie*, *minigolf*

Con *extra-*: *extraacadémico*, *extraparlamentario*, *extrahotelero*...

Pero el sufijo más rentable de los últimos años es probablemente el sufijo *super-* con el que se crean gran cantidad de palabras: *supercontrato*, *supercuenta*, *súper económico*, *súper espectáculo*, *superpoblación*, *superpotencia*, *superpresidente*... y también los populares *superguay*, *superbien y superdivertida*...

LA SUFIJACIÓN

Fuerte productividad tiene en el español contemporáneo la sufijación en *–ado*, en *-ista* y en *-dad*.

–ado sirve para formar palabras que significan procesos: *etiquetado* o proceso de colocar las etiquetas en un producto; *visionado* y *recalentado*...

Con el sufijo - *ista*: se crean términos que denominan a los seguidores de una corriente de pensamiento o de acción: *zapateristas* son los seguidores del secretario general de un partido político, Rodríguez Zapatero, y *peneuvistas* a los los del Partido nacionalista vasco, formando la derivación desde las siglas de la misma manera que se formó *nudista*, *golpista* o *activista*.

Muy práctico se muestra también el sufijo – *dad* para crear nombres abstractos: así, de español se forma *españolidad*, que recoge la idea de todo lo relacionado con el español en el mundo, pero también de África, *africanidad*, y con el mismo procedimiento se crea *fiscalidad* o conjunto de ideas y determinaciones relacionadas con la acción fiscal.

COMPOSICIÓN

En cuanto a la formación de palabras o expresiones mediante la unión de dos ya existentes nos lleva a adoptar compuestos como *pirata informático*, inspirado en la ya existente *pirata aéreo*. Para indicar que algo se inicia se ha formado: *dar luz verde*, por imitación a al color que autoriza el paso en los semáforos, pero también, imitando las carreras en atletismo, se dice *pistoletazo de salida*.

Centro Virtual Cervantes

En la rápida evolución técnica del automóvil hemos necesitado *elevalunas*, *lava faros*, *autolavado*, *cuentarrevoluciones* y en la vida empresarial *cazatalentos* que es quien se ocupa de buscar las personas adecuadas a los altos puestos de dirección de las empresas, y también *coche bomba*, atendiendo a los problemas de terrorismo y *ciudad dormitorio* para denominar esas construcciones alejadas de Madrid donde sus habitantes solo van a dormir.

Procedimientos muy parecidos se usan en *descongelación de salarios*, para señalar que ahora van a empezar a subir porque antes estuvieron en el congelador del frigorífico, es decir, sin alteración alguna. Con el mismo concepto de calor y frío se habla de *enfriar la economía*, que significa tranquilizarla, procurar que no se caliente. *Blanquear el dinero* tiene otro sentido y se opone a *dinero negro*.

ACRONIMIA

La acronimia es un paso más dentro de la composición de palabras que entra con urgencia en nuestras necesidades. El titular de primera página de un periódico de hace unos días decía:

Gestacartera falsificó certificados del BSCH y la Caixa para engañar a la CNMV.

Además del invento comercial de *gestacartera*, mediante composición, aparecen dos siglas que solo son comprensibles para el hablante familiarizado con los cambios económicos de los últimos tiempos, lo que conocen las uniones bancarias que han unido al banco de *Santander* con el *Central* y con el *Hispano*, pero son muchos los que están lejos de saber que CNMV corresponde a *Comisión Nacional del Mercado de Valores*. Hay que *estar muy al loro* y *ponerse las pilas* para no perderse en el moderno bosque de siglas del español, todas ellas resultado de las exigencias de comunicación.

De la unión de *motor* más *hotel* nació la palabra *motel*, hotel de carretera al que solo se llega motorizado (*coche, moto, camión...*). Ese mismo principio ha utilizado la palabra *informática*, formada con el principio de la palabra *infor*mación, *infor-*, y el final de la palabra autom*ática*, *-ática*. De ahí *infor-mática*. Y posteriormente y con el mismo principio se crea la palabra *ofimática* (oficina + informática).

ANGLICISMOS

Pero allí donde el español asiste a una imparable invasión es en el campo de los anglicismos. Como tantas otras lenguas del mundo, la nuestra se muestra incapaz de frenarlos.

Citaremos pocos para mantenernos en el purismo de estas lecciones y recordaremos que términos como *estrés* y *estresante* ya habían sido perfectamente adoptados por nuestra lengua, y al igual que *estándar* han acomodado los hábitos fónicos. Pero los españoles dejamos los coches en los *parking* aunque algunos utilicen la palabra aparcamiento, para asistir al *derby* o enfrentamiento de dos equipos de fútbol locales. Cuando se asiste a un discurso político se dice que uno va a un *meeting*, y para la selección de chicas o chicos para algún medio audiovisual (televisión o cine) se dice que participan en un *casting*. La clase o categoría social elevada, frente a otras más medianas, es el *standing*, y aunque existe la palabra *categoría*, a veces nos suena un poco pueblerino. Y a ninguna empresa española le gustaría estar en la lista de las de mayor *categoría*, de mayor *importancia*, las más *reputadas* o las de mayor *solvencia*, todas prefieren estar en el *ranking*.

Centro Virtual Cervantes

La audacia en los procedimientos de aceptación del anglicismo es elevadísima, y nadie habla de que su coche tiene el sistema de frenos antibloqueo, sino de *abs*, con las siglas que corresponden al ingles, y de la misma manera al hablar de ese deporte solitario que se ha puesto de moda poca gente lo llama *correr*, que es lo que se hace realmente, correr un rato para romper con el estrés del día y los kilos de más, pero a eso se le llama con más frecuencia *footing*. Y por este camino llegamos a algo que yo creo que, si nada lo remedia, debemos dar por hecho: el préstamo morfológico del sufijo inglés *–ing*, como lo muestra la palabra *puenting*, con raíz española, *puente*, y sufijo inglés, *-ing*. El *puenting* es el deporte que consiste en lanzarse al vacío desde la altura elevada de un puente con una cuerda elástica. En Texas, donde el español es una lengua muy generalizada, la tienda donde se lleva la ropa a lavar se llamaba *washería*, pero no debe alarmarnos porque algunos establecimientos españoles se llaman *whiskería*, o bar donde preferentemente se toman copas de bebidas alcohólicas, con raíz inglesa y sufijo español, *croasantería*, o tienda que vende el típico bollo francés, con raíz francesa y sufijo español, y *pizzería*, o tienda de venta de el famoso plato italiano, con raíz italiana y sufijo español.

FINAL

Y acabemos con una mirada a las expresiones que en el fondo no indican otra cosa sino que el hablante ha dicho lo que quería decir, y que como no tiene nada que añadir prefiere dar por concluida la conversación: *y pare usted de contar, y no hay más que hablar, y asunto concluido, y se acabó lo que se daba, y ya está y listo, y viva la vida, y ni una palabra más...* Y otras veces se amparan en el **lenguaje metafórico** en busca de eficacia: así que, *apaga y vámonos, aquí paz y después gloria, y se acabó lo que se daba, y santas pascuas* y *ni una palabra más*, y muchas gracias a todos cuantos habéis tenido la amabilidad de oírme hasta el final.

Centro Virtual Cervantes